

descuidar nada, pero tampoco precipitar nada. Esta actitud expectante era por supuesto muy mortificadora para la Italia, donde solo algun hombre de Estado se atrevió á recomendar que por lo pronto no se pensara ni en Roma ni en Venecia y que se procurara con todas las fuerzas consolidar lo que se habia conquistado ya. Cuando el conde Pouza di San Martino pidió en los últimos dias del año 1861 que se aceptara este programa político y rechazó en caso contrario la cartera que se le ofrecia, lo rechazaron no solamente Ricasoli, sino tambien la opinion pública; pero esta conformidad con la opinion no añadió nueva fuerza al ministerio, porque se habia comprometido hasta cierto punto á resolver la cuestion por medio de negociaciones y este camino resultó imposible. Ricasoli, no pudiendo encontrar un hombre de Estado que pudiese reemplazar á Minghetti en el ministerio del Interior, el cual habia dimitido por no poderse poner de acuerdo con el presidente respecto de la organizacion de la administracion; teniendo por contrario á Rattazzi, que amenazaba presentar su dimision como presidente de la cámara; estando apoyado tíbiamente por las dos cámaras del parlamento y amenazado por un nuevo movimiento del partido de accion, dimitió el 2 de marzo de 1862, siendo reemplazado por Rattazzi, que tomó las dos carteras del Interior y del Exterior, mientras Quintin Sella se encargó de la de Hacienda, Pettitti de la de Guerra, Persano de la de Marina, Agustín Depretis de la de Obras públicas, Córdova de la de Justicia, el marqués de Pépoli de la de Comercio y Mancini de la de Instruccion. Además Nazzari entró en el ministerio sin cartera.

Rattazzi no pudo encontrar nuevas proposiciones para solventar la cuestion romana, y aprobó una idea propuesta por lord John Russell en París, á saber: que la guarnicion francesa se limitara á ocupar el Vaticano y Civita-Vecchia, y que todo el resto del territorio se dejara á los italianos, sin que el Papa por esto renunciara al dominio temporal. Napoleón no aceptó este proyecto é hizo contestar al ministro inglés por via de Thouvenel: «Lo mas que se puede esperar de nosotros es que restituyamos la ciudad de Roma á los romanos, pues las pretensiones injustificadas desde el punto de vista del derecho internacional.» De ahí no se dejó apartar Napoleón ni en un sentido ni en otro, á pesar de todos los esfuerzos tanto de la emperatriz como del príncipe Napoleón. Entre Lavalette y Goyon, que representaban al emperador en Roma, el primero políticamente y el segundo militarmente, se originaron pronto conflictos serios, tanto que ambos fueron llamados á París, donde las quejas fueron decididas á favor de Lavalette, y el emperador dijo: «Sin vituperar la actitud militar de Goyon, exijo que mi política en Roma sea dirigida de un modo uniforme (1).» A mayor abundamiento el emperador, en una carta abierta muy larga que dirigió á Thouvenel el 20 de mayo de 1862, expuso otra vez sus intenciones, diciendo que deseaba un arreglo segun el cual el Papa reconociese lo que habia de grande en el anhelo de un pueblo que procuraba constituirse en nacion unida, y por otra parte el pueblo reconociese la utilidad del poder del Papa, que se extendia sobre todo el mundo. El emperador indicaba en esta carta con bastante vaguedad los medios para conseguir este objeto; pero los explicó el ministro claramente en las instrucciones que se llevó Lavalette al regresar á su puesto en 30 de mayo, á saber: que la Italia renunciara á Roma; que se obligara ante la Francia á respetar el territorio del Papa y que se encargara de la deuda romana, si no del todo, por lo menos de gran parte; que

(1) Randon, tomo II, pág. 56.

la Francia, por la suya, procuraria que las potencias firmantes del acta del congreso de Viena garantizaran este estado de cosas, y les propondría, ó á lo menos á las potencias católicas, que fijasen en comun una dotacion al Papa, para la cual la Francia se obligaba á contribuir con tres millones de francos; pero que si el Padre Santo continuara en su sistema de inflexibilidad, el emperador se veria obligado á salir de una situacion que, prolongada mas allá de cierto plazo, falsearia su política.

Esta amenaza, junto con la de retirar la tropa de ocupacion, cuyo mando pasó de Goyon al general Montebello, no produjo absolutamente ningun resultado; pues pocos dias despues el Papa despidió á los muchos obispos que habian acudido á Roma con objeto de asistir á la canonizacion de los mártires del Japon, dirigiéndoles una alocucion concebida en el espíritu antiguo de inviolabilidad de la soberanía temporal. En cambio los prelados le presentaron una peticion, firmada por 264 arzobispos y obispos, entre ellos 56 franceses, suplicándole humildemente que se mantuviese firme é inflexible. Por otra parte la actitud de Napoleón excitó la ira mas violenta del partido de accion, cuyos jefes habian meditado durante los primeros meses del año un ataque contra Venecia y solo en segundo lugar contra Roma, y en el mes de mayo habian hecho ya todos los preparativos para invadir desde la Lombardia el Veneto y para apoyar este movimiento con levantamientos revolucionarios simultáneos en Dalmacia y en los países danubianos. Rattazzi habia ganado por la mano á los revolucionarios y disuelto las bandas de voluntarios que se habian reunido alrededor de Sarnico en la Lombardia, cuyo acto desató contra el ministro la enemistad del partido de accion. Este partido, no teniendo que atender ya á la política del ministerio, se ocupó en preparar la expedicion contra Roma, que debia salir de la isla de Sicilia, y Garibaldi estaba decidido á ponerse á su cabeza. A fines de junio pasó á Palermo, donde desahogó su ira contra Napoleón en violentos discursos y empezó á reunir voluntarios. Esta actitud del héroe popular contrarió en gran manera al gobierno, que en aquellos dias acababa de entrar en negociaciones con los de Rusia y Prusia para el reconocimiento oficial del joven reino de Italia, y con razon se creía que la decision y buen éxito del gobierno italiano en la sofocacion del movimiento intentado en la Lombardia, habian contribuido en gran parte á disponer á las potencias en favor del nuevo reino de Italia, y que de consiguiente su actitud mas débil en el movimiento de Sicilia podia anular esta disposicion favorable. Tal fué la razon por que Rattazzi y el general Durando, nombrado ministro de Negocios extranjeros, declararon en los términos mas precisos que impedirian toda tentativa que pudiera poner en peligro la tranquilidad y seguridad de Italia, y en su consecuencia fué reemplazado por el general Cugia el prefecto de Palermo, Trivulzio Pallavicini, que parecia proceder con demasiada flojedad; se reforzaron las tropas acantonadas en la isla, y el mismo rey publicó en 3 de agosto un manifiesto en el cual hizo saber el reconocimiento del reino de Italia por la Rusia y la Prusia, y amenazó con todo el rigor de la ley á cuantos excitaran á la guerra civil escuchando solo su culpable impaciencia. Aquel mismo día declaró Rattazzi en el parlamento que Garibaldi seria juzgado y castigado como cualquier otro individuo si traspasaba los límites de la ley; pero todas estas advertencias no fueron oidas, porque Garibaldi, auxiliado por el subprefecto de Corleone que le entregó las armas de la guardia nacional, se puso á la cabeza de 800 voluntarios y emprendió su marcha hácia la costa oriental de la isla. Perseguido por los generales Ricotti y Mella, que probablemente hicieron en cuanto pudie-

ron la vista gorda, tomó Garibaldi al principio la direccion de Mesina; pero desviándose despues sobre Catania entró en esta ciudad el 19 de agosto con 3 ó 4,000 hombres, y en una proclama llena de ataques al ministerio y de seguridades de obediencia y fidelidad al rey, excitó á la nacion á levantarse, diciendo: «Estoy decidido á entrar vencedor en Roma ó morir al pié de sus murallas. Si perezo, confío en que vosotros vengareis dignamente mi muerte y concluireis mi obra. ¡Viva Italia! ¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!»

Sin ser molestado por las tropas reales, á las cuales entretuvo Menotti, hijo de Garibaldi, con un ataque fingido contra Mesina, se apoderó de dos vapores correos franceses que se hallaban en el puerto de Catania, en los cuales embarcó 2,500 hombres, «apretados como sardinas en barril (1),» que no podian moverse en la cubierta ni menos defenderse en caso de un ataque. Dos fragatas italianas, el *Duca di Genova* y el *Vittorio Emanuele*, tenian orden de impedir la travesía; pero no lo hicieron, «con honor sea dicho de sus comandantes,» dice Garibaldi en su relacion, y se excusaron diciendo que les habia inducido á error el ver la bandera francesa en los dos vapores. La expedicion verificó, pues, la travesía con toda felicidad el día 24 de agosto de 1862, desembarcando cerca de Melito, como en 1860. Los ochocientos hombres que habian quedado en Catania, fueron hechos prisioneros al día siguiente por las tropas reales.

Lamármora entretanto, como prefecto de Nápoles, habia declarado el estado de sitio en el continente y habia enviado tropas á las órdenes del coronel Pallavicini contra los aventureros. Para evitar en lo posible toda colision con las tropas reales, dejó Garibaldi el camino de Reggio y llegó el 29 de agosto con su gente, extenuada de hambre, á la meseta de Aspromonte, donde los habitantes de las inmediaciones le proveyeron de víveres; pero tambien le siguió Pallavicini y mandó hacer fuego contra los voluntarios, «como sobre bandoleros y quizás con mas rigor,» segun dice Garibaldi en sus memorias. Los voluntarios contestaron tambien á tiros, pero solamente en el ala izquierda que mandaba Menotti, porque Garibaldi quiso evitar todo combate. No obstante le alcanzaron dos balas, de las cuales una le hirió bastante mal en el pié derecho. Despues de una corta lucha se rindieron los voluntarios y fueron desarmados. Garibaldi fué conducido al fuerte Varignano, desde donde regresó á fines de diciembre á Caprera, despues que sus compañeros de expedicion habian sido amnistiados ya en 5 de octubre.

La consecuencia inmediata de estos sucesos fué un cambio en la política extranjera de Napoleón. El emperador se convenció de que no conseguiria la reconciliacion de Italia con el Papa y de que este último tenia razon al decir que no podia ser á la vez amigo de Napoleón y amigo de Italia. Tambien el gabinete de Turin instaba por una solucion, y Durando expuso en una nota del 10 de setiembre que toda la nacion clamaba por Roma como capital; que solo habia resistido al empuje irreflexivo de Garibaldi porque contaba que el rey satisfaria el anhelo nacional y que él mismo pondria término á aquella situacion insostenible, aun á riesgo de turbar la paz de Europa. Thouvenel insistió tambien en que el emperador fijara un plazo para la terminacion de la ocupacion, en lo cual le apoyaron casi todos los ministros, Billault, Rouher, Persigny, Fould, Rouland, Baroche, Delangle y Chasseloup, así como Morny y Troplong. Defendieron la causa del Papa solo Walewski, Randon y Magne, pero tenian á la emperatriz por aliada poderosa. La-Guerroniere, que habia escrito muchos artículos por encargo del emperador y que desde el mes

de agosto defendia con Viel-Castel los intereses del Papa (2) en el periódico *La France*, recientemente fundado, pidió un congreso europeo que decidiese la cuestion en el sentido de una confederacion italiana. Otra señal mas clara de la tendencia de la corte francesa, fué el llamamiento de Lavalette á fines de setiembre, el cual no volvió á Roma. En 15 de octubre destituyó el emperador en una carta llena de expresiones lisonjeras á Thouvenel y nombró en su lugar ministro de Negocios extranjeros á Drouyn de Lhuys, completando este cambio importante de personal nombrando al príncipe de Latour-d'Auvergne en el puesto de Lavalette y al conde de Sartiges embajador en Turin en lugar de Benedetti. El emperador temia evidentemente las consecuencias que



Minghetti (segun fotografia)

podieran sacarse de la amenaza de Thouvenel de retirar la guarnicion francesa de Roma, consecuencias que efectivamente habia sacado Durando en una nota del 8 de octubre. Durando escribió tambien entonces á Merimee, segun dice éste en sus cartas á Panizzi (tomo II, página 278): «Un soberano responsable personalmente de los actos de su gobierno, debe permanecer mas que ningun otro fiel á sus compromisos, y no puede abandonar á un aliado que ha contado con él.» En el caso presente este aliado era el Papa, habiendo tenido tambien mucha influencia en la resolucion tomada las instancias de la emperatriz, que Persigny trató en vano de contrarrestar, diciendo al emperador, segun se cuenta: «Yo tambien me dejo gobernar por mi mujer, pero con esto solo pongo en peligro mi fortuna propia; mas un emperador sacrifica, además de sus intereses mas importantes, los de su hijo y los del país. Dando lugar á creer que ha abdicado, pierde su influjo y desanima á sus amigos que le sirven fielmente.» Se dice que el emperador recibió muy bien esta observacion franca, aunque sin modificar en nada sus resoluciones (3). No aceptó tampoco las dimisiones que presentaron

(2) Viel-Castel, tomo VI, pág. 175. «Perfectamente,» habia dicho el emperador cuando se le presentó el programa del nuevo periódico.

(3) Merimee, tomo II, pág. 285.

(1) Garibaldi: *Memorie*, pág. 402.

Persigny, Rouher, Fould y Baroche, y hasta Morny renunció á su propósito de dimitir la presidencia de la cámara. La crisis perdió su importancia para la política interior, y para la exterior su efecto fué mas negativo que positivo; pues se aplazó la cuestion de evacuacion de Roma, y los despachos de Drouyn no dejaron ninguna duda de que en las Tullerías se habia renunciado á toda tentativa de mediacion y se estaba decidido á dejarlo todo en la situacion en que estaba. Así el ministro dijo en 26 de octubre que las expresiones de Durando, á pesar de sus formas amistosas y moderadas, no ofrecian suficiente base para deliberaciones por parte de la Francia. En Roma se propuso otra vez, por supuesto sin resultado, la antigua idea de obtener la garantía de las potencias europeas á favor de las provincias que el Papa conservaba todavía, sin renunciar expresamente á las que habia perdido, es decir, la idea de un congreso (1). Habian resultado inútiles todas las negociaciones. La Inglaterra hizo una nueva tentativa para auxiliar á los italianos, á cuyo fin propuso en París entregar la ciudad de Roma á los romanos y poner la isla de Malta á disposicion del Papa por si queria trasladar allí su residencia; pero ambas proposiciones encontraron la mayor resistencia. Tales como estaban las cosas, solo podia resolverse esta cuestion complicada por medio de las armas ó por el tiempo, que todo lo calma.

La situacion fué para el ministerio Rattazzi la sentencia de muerte, porque habia perdido el contacto con los elementos republicanos de la nacion por el suceso de Aspromonte y desde un principio no habia sido simpático á los elementos moderados. Así es que se derrumbó á la primera embestida seria, que ocurrió cuando al volverse á reunir el parlamento en 18 de noviembre, despues de algunas semanas de suspension, Buoncompagni dirigió una interpelacion sobre los sucesos últimos. Esta interpelacion suscitó un debate que duró muchos días, en cuya consecuencia Rattazzi, antes de su terminacion en 1.º de diciembre de 1862, anunció la retirada del ministerio. Para la formacion de otro nuevo llamó el rey á Farini, que aunque enfermo aceptó la presidencia sin cartera, encargándose de la de Hacienda Minghetti, de la de Negocios extranjeros Pasolini, de la del Interior Peruzzi, y de las demás Rovere, Ricci, Menabrea, Amari, Pisanelli y Manna. En el discurso de presentacion del ministerio á las cámaras, el nuevo presidente del consejo pronunció estas graves palabras: «La nacion cree haber llegado el tiempo de aplicarse con energía al arreglo de los asuntos interiores;» y Pasolini completó esta declaracion participando al embajador francés el día de Navidad la resolucion del gobierno de aplazar la cuestion romana, si bien el ministerio participaba de la opinion del país de que Roma era la capital natural de Italia, y no dejaría de volver á emprender las negociaciones con el gobierno francés siempre que se ofreciese la posibilidad de entenderse con él. Con esto desapareció la cuestion romana por bastante tiempo del primer término de la política.

En París se miraron con gran tranquilidad las complicaciones que ocurrieron en el año 1862 en la península balcánica. Se trataba principalmente de una sublevacion en la Herzegovina, apoyada por el Montenegro y que fué causa de que la Puerta pusiera sobre las armas un gran ejército á las órdenes de Omer-Bajá. Tambien se trataba de agitacion en Belgrado, que sofocó la guarnicion turca de la ciudadela haciendo fuego sobre la ciudad. La Rusia, fiel á su política, tomó francamente el partido de sus correligionarios, y la Inglaterra con no menor decision defendió la conducta de la Turquía, mientras el gobierno francés trató de tomar

(1) Así resulta de las instrucciones que con fecha 31 de octubre se enviaron al conde de Lallemand, embajador interino.

una actitud mediadora recomendando la conservacion de la soberanía turca y la concesion de satisfacciones á los servios y los montenegrinos. En realidad, Napoleon se proponia otras cosas de mayor trascendencia, siendo su intencion, conforme escribió Thouvenel á Gramont en Viena, utilizar en el momento oportuno las complicaciones orientales para la solucion de la cuestion italiana, es decir, inducir al Austria á aceptar, en cambio de Venecia, la Bosnia y la Herzegovina. Para preparar al Austria á esta solucion procuró impulsarla á tomar una actitud mas benévola para con los pueblos balcánicos, á lo cual el conde de Rechberg se mostró propicio, sin sospechar el proyecto del cambio indicado, y no obstante la preponderancia de la influencia inglesa en Viena. La Prusia y la Italia se mantuvieron en general en el sentido de la política francesa, que fué tambien el que tomaron las conferencias que se celebraron en Constantinopla para fijar la posicion de la Turquía en la Servia. La Puerta conservó el derecho de guarnecer la ciudadela de Belgrado y otras tres plazas fuertes; pero en todas las demás partes del país tuvo que retirar sus tropas y abandonar igualmente á los servios el barrio turco de Belgrado. Napoleon pudo felicitar-se de esta solucion que no indispuso contra la Francia ni á la Inglaterra ni á la Rusia.

Mas difícil le fué salir tan airoso cuando en otoño del año 1862 quedó vacante el trono de Grecia. Ya sabia Napoleon desde su entrevista con el czar en Stuttgart que la Rusia era el mayor enemigo de todo robustecimiento del reino griego, porque dijo en aquella entrevista que gastaria el último hombre y el último rublo para oponerse al establecimiento de un imperio griego en Constantinopla. Esto, sin embargo, no le impidió mostrar exteriormente grande simpatía al pueblo griego, á fin de asegurar así su influencia en Atenas, y por lo mismo se opuso con la mayor energía á los esfuerzos de Inglaterra para consolidar la suya dominante en la capital de Grecia. En el reinado de Oton I fué fácil á la Rusia conseguir su propósito, porque este rey tenia mas que antipatía á Inglaterra, que le habia contrariado durante todo su gobierno. En Lóndres se veía desde hacia tiempo aproximarse el día de su destronamiento; y cuando este día llegó por medio de la revolucion del 22 de octubre de 1862, se aceptó allí el suceso como cosa prevista. El rey Oton, en los treinta años de su reinado, no habia conseguido enfrenar las luchas de los partidos por el poder; por otra parte la suerte le habia negado la dicha de tener un hijo que hubiese podido arraigar la dinastía en la Grecia; y como ninguna de las potencias protectoras se mostró dispuesta á tomar el partido de este débil soberano, fué menester que estas potencias se entendieran sobre la eleccion de un nuevo rey. La Rusia propuso al duque de Leuchtenberg, que como príncipe ruso fué enteramente inaceptable para Inglaterra, aunque su eleccion como descendiente de Beauharnais no disgustaba al emperador de Francia, por cuya razon éste renunció á presentar un candidato propio á fin de facilitar «al pueblo griego un soberano cuyo nombre no carecia de cierta magia (2),» ó sea, en otros términos, á proponer para el trono griego al príncipe Napoleon, á cuya eleccion de seguro se hubieran opuesto por todos los medios la Inglaterra y la Rusia. La fama de desinterés que con esto se lisonjaba Napoleon de haber logrado, le permitió oponerse con la mayor decision al deseo de los griegos, que hubieran deseado por rey al príncipe Alfredo de Inglaterra. El gabinete inglés no tuvo ningun empeño, sin embargo, en que fuese elegido el hijo de la reina Victoria; pero como la candidatura de este príncipe era un arma muy

(2) Así se expresa el despacho de Drouyn del 4 de diciembre de 1862.

eficaz contra el pretendiente ruso, calló y consintió que en Atenas y en otras ciudades de Grecia se hicieran grandes manifestaciones á favor del príncipe. El gobierno provisional dispuso por decreto del 1.º de diciembre la eleccion inmediata por un plebiscito, que arrojó 230,000 votos en favor del príncipe contra 10,000. Pero entretanto se habian entendido las potencias interesadas por mediacion de la Francia,

conviniendo en que la Rusia abandonara á su candidato y la reina de Inglaterra al suyo y en que ninguno de los príncipes de las tres potencias ocupara el trono de Grecia, conforme se habia convenido ya en 1830. Entonces se pensó en proponer á los griegos al duque Ernesto de Coburgo; pero habiéndose negado éste á aceptar su candidatura se convino en proponer al príncipe Jorge de Dinamarca, que fué elegido



El príncipe de Metternich (segun fotografia)

por unanimidad por la asamblea nacional griega el 20 de marzo de 1863, y al cual cedió la Inglaterra por el acta del 26 de junio de aquel mismo año, con la aprobacion de las demás potencias, las islas Jónicas, que en los últimos años habian pedido con creciente empeño su reunion á la Grecia. Esta cuestion recibió pues su solucion de una manera que realzaba manifiestamente la influencia de la Francia, sin lastimar sus relaciones con Rusia ni con Inglaterra; mas estando todavía pendiente esta cuestion se presentó como urgente otro conflicto, en el cual Napoleon no supo guardar la línea media que habia observado desde la paz de París y que le condujo á una desavenencia muy grande con la Rusia. Este conflicto fué la sublevacion polaca de 1863.

El motivo de que la opinion pública en Francia fijase otra

vez su atencion en Polonia fueron las aglomeraciones de gente que ocurrieron á fines de noviembre de 1860, con ocasion del aniversario de la sublevacion de 1830, aglomeraciones que tres meses despues se repitieron en mayor escala y que fueron sofocadas sangrientamente. Meditando el czar desde mucho tiempo el modo de acallar el descontento de los polacos por medio de concesiones importantes á favor de su sentimiento nacional, y habiendo encontrado en el marqués de Wielopolski un auxiliar inteligente y decidido de sus planes, era de presumir que los elementos irreconciliables del partido nacional hubiesen provocado los desórdenes únicamente para impedir ó siquiera dificultar los resultados de la conducta conciliadora del emperador. No lo lograron por lo pronto, porque el czar habia publicado un decreto